

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA

Fontei, 13 de mayo de 2016

Hermanos:

Agradezo a invitación do voso párroco D. Lisardo para presidir a celebración da Eucaristía nesta Festa da Nosa Señora de Fátima a quen, desde antigo, tedes unha verdadeira devoción. Únome ao voso amor pola Virxe María baixo esta advocación porque desde neno sempre na miña alma tiven un gran amor pola Nai de Deus e moitas veces fun recompensado na miña vida coa graza de Deus, froito da intercesión de María

Cuando en mi pueblo celebrábamos “las flores de mayo” a la Virgen –sin presencia del párroco que vivía en otro pueblo- deseaba que llegara este día para cantar el himno de la Virgen de Fátima que me había enseñado mi madre y mi madrina. Al oír cantar “El trece de mayo la Virgen María bajó de los cielo a Cova de Iría. Ave, Ave, Ave María” me emocionó porque se agolpan en mi mente muchos sentimientos religiosos de aquella primera etapa de mi vida que me marcaron para siempre. Después, he ido muchas veces al Santuario de Fátima para hacer allí retiro y oración. Acudía solo porque me gustaba tener tiempo largo, sin que nadie me molestase, para orar ante el Santísimo Sacramento y ante la imagen de la Virgen en la Capelina. Me emocionaba participar con tantos hermanos, muchos de ellos pobres y enfermos, en el Rosario y en la procesión de las antorchas. En el Santuario de Fátima pude constatar el amor de la Virgen por sus hijos y el amor de sus hijos por la Virgen. Me recordaba el cumplimiento de aquellas palabras de Jesús en la Cruz dirigidas a su madre y al discípulo que tanto amaba: “Mujer, ahí tienes a tu Hijo”. “Hijo, ahí, tienes a tu madre”

Al mes de haber sido ordenado obispo, tuve la dicha de acompañar una peregrinación de jóvenes de la parroquia donde había ejercido el ministerio al Santuario de Fátima. Como no había aquel día otro obispo en el Santuario me encomendaron la presidencia, primero de la Misa en español y después el Rosario y la procesión de antorchas. Fue entonces cuando, lleno de emoción, confirmé en mi corazón el amor a Nuestra Señora y más en concreto en su advocación de Fátima.

La devoción a la Virgen de Fátima es una devoción muy reciente que se ha extendido por todo el mundo rápidamente. El próximo año celebraremos el centenario de las apariciones y hemos de pensar ya en una peregrinación diocesana al Santuario de Fátima en Portugal y los santuarios dedicados a la Virgen de Fátima en nuestra diócesis. Será un año muy importante para pedir a la Virgen por nuestra conversión y por la conversión del mundo.

Efectivamente, la Virgen María ha acompañado siempre al pueblo cristiano, especialmente en los momentos de duda, de dolor o de cansancio. El Pilar de Zaragoza es un signo de esta conciencia que tiene la Iglesia apostólica de estar siempre muy unidos a María y a su intercesión. En Fátima, la Virgen María escoge a tres niños inocentes para que llamen la atención a la humanidad recordando las primeras palabras de Jesús en el evangelio de San Marcos: “Convertíos y creed en el Evangelio”. Para convertirse de verdad es necesario primero reconocer el pecado personal y social, tener un verdadero deseo de vivir en gracia de Dios, pedir perdón y confesarlo”. La devoción a la Virgen de Fátima insiste en este aspecto de penitencia y de intercesión por los pecadores y por el sufrimiento de los pobres.

En la Carta Pastoral que os he escrito con motivo de este Año de la Misericordia os recuerdo que somos débiles y frágiles como el barro porque el pecado hace mella en nosotros. Pero, lejos de hundirnos en el desánimo que siempre nos tienta para abandonar la vida de piedad, debemos pensar en Dios que es misericordioso y bueno, lento a la ira y rico en piedad. Dios perdona nuestras culpas y se compadece de nuestras miserias. Dios sana nuestras heridas y está siempre dispuesto a la misericordia y al perdón que es donde muestra su infinito poder. Por esta razón he titulado la Carta Pastoral “Nos basta su misericordia” porque sólo el amor de Dios nos convierte, nos santifica y nos salva.

En la misma Carta os propongo como una nueva obra de misericordia: ayudar a descubrir la fe en Dios a quien no la tiene o la ha perdido. Me parece que es una acción misericordiosa muy actual dado el avance de la secularización en las personas y en la sociedad. Son muchos los que se empeñan en eliminar a Dios de sus vidas. En vivir como si Dios no existiera caminando por esta vida encerrados en su soledad, en su yo y contando solo con sus propias fuerzas. Nuestra respuesta ante la secularización y el abandono de la fe de tantos hermanos no puede ser la demonización, el apartamiento y el

abandono a su soledad. Hemos de acercarnos a las personas que no creen en Dios o que han perdido la fe como se acerca el Señor y su Santísima Madre: con dolor en el corazón; pero con mucha misericordia y amor para ayudarles a encontrar de nuevo el amor de Dios que se manifiesta de muchas maneras en la vida de cada hombre. En la carta os digo que “La Nueva Evangelización a la que nos llama la Iglesia, nace del amor misericordioso de Dios que quiere ser conocido y amado, nace de la necesidad que nuestra sociedad tiene de encontrar en la relación con Dios el verdadero fundamento de la dicha y la bienaventuranza. Los discípulos de Jesús hemos de ser misioneros por amor al mundo, porque el mundo, encerrado en sí mismo nos necesita.

Unida a esta nueva obra de misericordia os propongo otra muy relacionada también con el mensaje de la Virgen en Fátima: Se trata de “mostrar a los jóvenes el verdadero camino del bien moral que conduce a la felicidad auténtica. El relativismo moral vacía la existencia de metas, de ideales de valores. El hombre despojado de un fin último, sin un sentido que oriente la vida en una dirección, queda a merced de los vaivenes de las sensaciones puntuales, disfrute rápido del placer egoísta que lo aleja de la senda de la felicidad. Orientar la vida hace la excelencia moral, es el regalo precioso que los cristianos estamos llamados a ofrecer. No podemos renunciar a ofrecer a los jóvenes en la sociedad actual la excelencia de la ética cristiana. Nos urge a ello el convencimiento de que Jesús nos muestra el ideal del ser humano, que sobrepasa toda sabiduría”.

Convíдовos, irmáns a que pidamos hoxe á Virxe de Fátima por todas as nosas preocupacións persoais e polas preocupacións da humanidade, especialmente por aqueles que sofren as consecuencias das guerras, o terrorismo, os malos tratos, o desprezo, a enfermidade. Pidamos moi especialmente polos que abandonaron a fe e viven como ateos e polos mozos que están desorientados na vida sen saber moi ben por que camiño andar.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga